

“DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS” (1)

Insólitas resultan las poquísimas glosas teológicas recibidas por esta expresión tan desconcertante, añadida por la tradición cristiana de los primeros siglos a la doctrina apostólica conocida como Credo o Símbolo de los Apóstoles.

El dominico Cristoph Schönborn Cardenal-Arzbispo de Viena ha sido uno de sus escasísimos exegetas. Durante su meditación del lunes de Pascua en la catedral de Turín con motivo de la ostensión (muestra) de la Sábana Santa (La “Sindone”) reconoció “que no resulta fácil hoy comprender este artículo de fe cuya idea aparece como difícil y oscura”.

Tengo que trasladarme a mi propia infancia para recordar la tristeza de los Viernes Santos – equivalente al actual Sábado en la liturgia de entonces – donde incluso, durante algunos años, los automóviles no estuvieron autorizados a circular en Madrid, para comprender algunas de las lapidarias expresiones de Cristoph Schönborn como cuando recuerda que “la muerte de Cristo deja en un primer momento a sus discípulos y a toda la Iglesia en la consternación, la aflicción y el miedo”.

“Los testimonios bíblicos, – añade el Cardenal Schönborn – confirman el descenso de Cristo a los muertos como una verdadera experiencia de muerte, como la expresión de la más profunda solidaridad con los hombres. Durante estos tres días, desde su muerte hasta la resurrección, Jesús experimentó «el estado de muerte», es decir, la separación del alma y cuerpo, en el estado y condición de todos los hombres”.

El resumen de Zenit, cuya edición del pasado día trece os adjunto, recoge fielmente lo fundamental de su exposición.

Joseph Moingt en el librito (2) que os comenté hace días, recoge lo esencial de la idea de Schönborn aunque desde una perspectiva bastante menos tenebrosa. Este es su comentario:

“La tradición cristiana de los primeros siglos, que ha elaborado la regla de fe llamada «Símbolo de los Apóstoles» ha añadido a la doctrina apostólica recordada por Pablo a los Corintios, la mención del descenso de Jesús a los infiernos, insertada entre su colocación en el sepulcro y su salida de la tumba. Eso nos enseña que Jesús no ha sido resucitado y ascendido al cielo solo sino escoltado por todos los Justos de los tiempos antiguos a los que su travesía de la muerte había abierto las puertas del lugar de los muertos (Sheol, Hades) y las de la Casa del Padre. Tales eran sin duda los misterios del Reino de Dios de lo que Jesús conversaba con sus discípulos antes de su ascensión (Ac 1, 3). Un Reino que iba a llegar a ser el suyo por la voluntad del Padre de transferir allí la multitud de hijos confiados a la guarda de su Hijo único según la acción de gracias a la que Pablo invitaba a los colocenses” (3): «Dar gracias al Padre que os ha hecho capaces de participar en la herencia de los santos en la luz y que nos ha librado de la autoridad de las tinieblas y nos ha transferido al reino de su Hijo bien amado en quien nosotros tenemos la redención y el perdón de los pecados» (1, 12-14).

Ambos cardenal y teólogo tocan cuestiones no habituales entre los tratadistas, cuestiones que exigen, sin duda, una mayor profundización, a la que procuraremos acceder cuando encontremos las fuentes necesarias.

Gloria al Señor.
Madrid, 20 de abril de 2010
Fernando Escardó

NOTAS

- (1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.
- (2) L'Évangile de la résurrection. Meditations spirituelles" de Joseph Moingt S.J. Bayard 2008.
- (3) La versión española es mía.